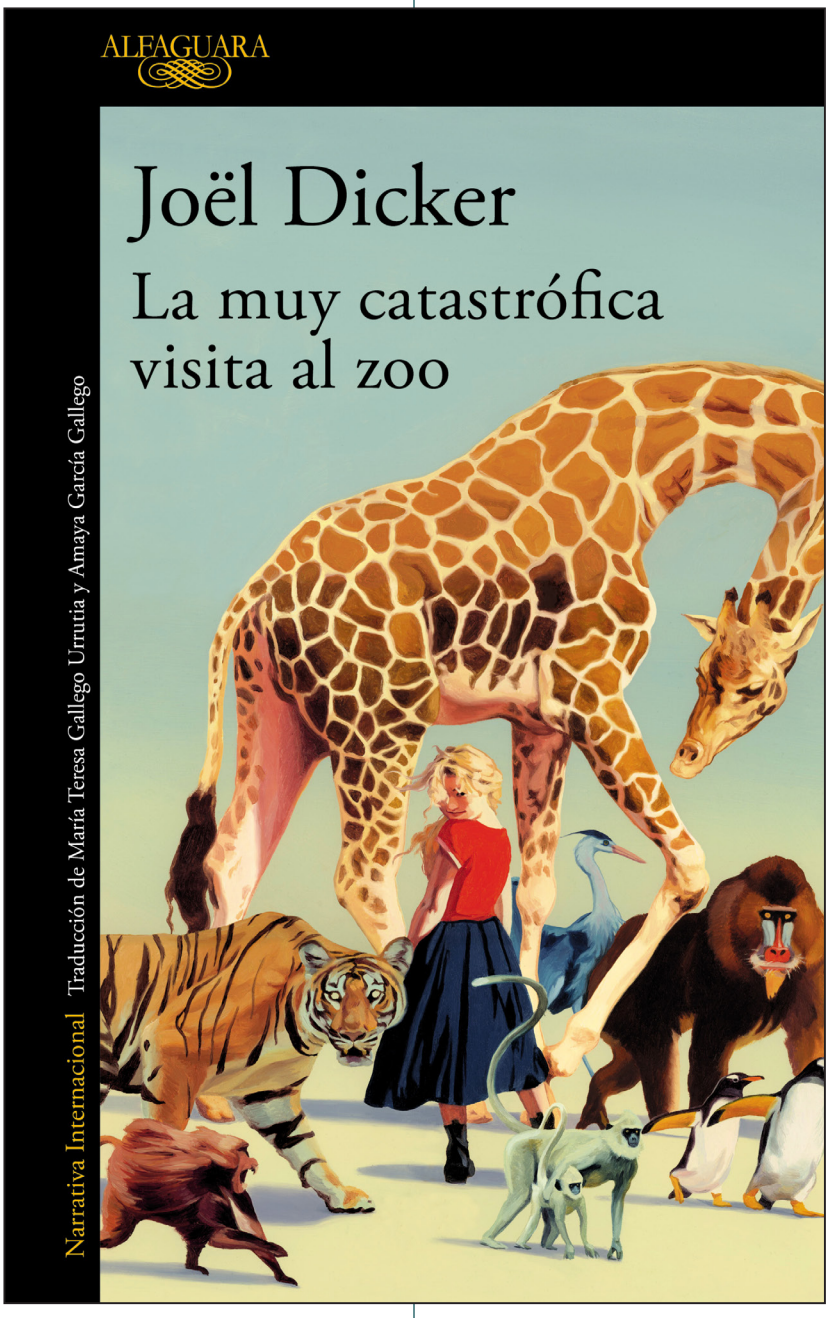
Guía de lectura



Penguin Club de lectura

LA OBRA

Es víspera de Navidad y la visita de la clase de Joséphine al zoo ha sido una catástrofe. Nadie entiende cómo ha podido suceder semejante desastre y sus padres están dispuestos a descubrirlo. Pero una catástrofe, lo sabe muy bien esta niña, nunca llega sola y lo que ha pasado durante la excursión escolar es la traca final de una serie de pequeñas catástrofes sucesivas. Convendría entonces, explica Joséphine, comenzar contando lo que ocurrió a finales de otoño, un lunes que, cuando sonó el despertador, parecía ser como cualquier otro.

Aquel día, su escuela, un colegio especial al que asisten seis niños, amanece inundada. Los desagües están obstruidos con plastilina y, a juzgar por los daños, los grifos han quedado abiertos todo el fin de semana. Mientras la maestra, la dulce señorita Jennings, llora desconsolada, los niños, en voz baja, empiezan a preguntarse si se trata de un accidente, como asegura el jefe de bomberos, o si alguien ha atacado la escuela. Pero ¿quién? ¿Y por qué? Decididos a resolver el enigma, Joséphine y sus compañeros se embarcan en una investigación para

la que cuentan con la invalorable ayuda de la abuela del pequeño Giovanni, una anciana aficionada a las series policíacas. Pero los problemas no acaban ahí. El director de la escuela vecina le ofrece un aula a la maestra para que pueda continuar dando sus clases: un acto de generosidad que, sin embargo, tiene calamitosas consecuencias. Porque una vez que los alumnos de la señorita Jennings llegan al colegio de los «niños normales», las catástrofes, simplemente, acontecen una detrás de otra. El director está resuelto a preparar un espectáculo de Navidad diferente y, de paso, difundir los valores de la democracia entre su alumnado y los padres, que no parecen estar muy de acuerdo con él; la señorita Jennings cree que es una encomiable iniciativa pero no está convencida de que los proyectos del director logren llegar a buen puerto; y Joséphine y sus compañeros, mientras tanto, continúan adelante con una pesquisa que involucra desde un policía experto en seguridad vial, un niño abusón y un Papá Noel falso, hasta una misteriosa tienda de mascotas que podría ser la llave para resolver el caso. De un desastre a otro, cuenta Joséphine, se llega, finalmente, al día de la visita escolar al zoo, cuando, vaya sorpresa, nada sale como estaba previsto: ni la excursión organizada por la señorita Jennings, ni el plan del director, ni mucho menos, la misión secreta de un grupo de niños rebosantes de buenas intenciones y ocurrentes ideas. Con la muy catastrófica aventura en el zoo concluye una novela que nos mantiene en vilo hasta el final, y está dirigida a adultos a niños y a todos los que quieran sumergirse en una historia donde las catástrofes no llegan solas, las apariencias engañan y los acontecimientos pueden tomar giros inesperados.

CLAVES DE LA NOVELA

En 2024, Joël Dicker publicó su séptima novela, doce años después de su exitoso debut, *La verdad sobre el caso Harry Quebert.* Es entonces cuando, haciendo balance del tiempo transcurrido desde los inicios de su carrera como escritor, Dicker tiene la impresión de que, aunque sus thrillers continúan siendo un fenómeno de ventas, el mundo, en cierta forma, ha cambiado: muchas librerías que conocía han cerrado, la gente se desplaza con la mirada puesta en el móvil, las redes sociales y la lógica del algoritmo nos aíslan cada vez más, y aquí y allá, las opiniones se polarizan y dividen. Cada vez que presenta un libro, sin embargo, a él se acerca un público entusiasta y diverso para el que sus novelas, y las largas colas que se forman en las librerías, constituyen un inesperado punto de conexión. Si la literatura tiene el poder de reunir a las personas, piensa el autor, por qué no valerse de ella para que, más allá de sus diferencias de edad, género, religión o ideología, se conozcan o reencuentren a través del placer de la lectura. De esta reflexión, hecha a la luz de los tiempos que corren, surge *La muy catastrófica visita al zoo,* una novela para todo público donde, al mejor estilo Dicker, nos encontramos con un misterio, un sagaz grupo de detectives improvisados y la prosa adictiva de un maestro de la novela negra que ha conseguido crear una comunidad de millones de lectores alrededor del mundo.

Hay historias tan sorprendentes que necesitan ser contadas tal y como se vivieron, y es por eso que Joséphine, una joven escritora que alguna vez fantaseó con ser inventora de palabrotas, debe recuperar la voz de la niña que fue para desvelar la verdad de lo ocurrido un día de diciembre que, durante años, perduró en la memoria de su pequeña ciudad. Recuperar esa voz infantil es recobrar, también, una mirada desde la cual el mundo luce como un lugar un tanto absurdo y, sobre todo, divertidísimo, en el que las decisiones y las opiniones de los mayores no siempre resultan ser las más atinadas. Que el infierno está empedrado de buenas intenciones, como dice su madre, es algo que Joséphine comprende en el momento en que, por obra del benévolo director, ella y sus compañeros son trasladados al nuevo colegio, un ámbito educativo donde, salta a la vista, la diversidad no es bien recibida por todos, ya sean niños o adultos. Mientras los alumnos de la señorita Jennings se respaldan unos a otros, asumiéndose iguales a pesar de sus diferencias, a su alrededor se impone la voz de una minoría que, movida por el recelo, no puede empatizar con el otro. Toca entonces, sugiere el director, reforzar aquellos valores esenciales para que el modelo de la escuela inclusiva no solo funcione, sino que conduzca a fomentar la convivencia, es decir, a construir sociedades donde se pueda vivir «juntos con nuestras diferencias».

¿Y cuáles son aquellos valores de los que habla el director? En primer lugar, la democracia. Decidido a aleccionar a sus alumnos y, no menos importante, a sus familias, acerca de los mecanismos de la democracia, el hombre proyecta una pieza teatral en la que una porción de pizza y un brócoli son los personajes que ilustran el comportamiento, a la hora de votar, de la «minoría ruidosa» y la «mayoría silenciosa». La obra, sin embargo, es cancelada antes de su estreno por la presión ejercida por un grupo de padres que considera que en la escuela no se deben tratar ciertos temas. Paradójicamente, son estos adultos quienes mejor terminan representando las dinámicas de una minoría que, a fuerza de opiniones exaltadas, logra comportarse como una mayoría y desequilibrar el juego democrático cuando, como contrapunto, solo hay un amplio sector de la comunidad que se abstiene de manifestar sus ideas y ejercer su derecho a decidir. Mientras, Joséphine y sus amigos, con inocente perspicacia y una lógica aplastante, van desentrañando los aspectos más resbaladizos de la democracia, y las contradicciones de un mundo donde el sentido común de los mayores, está claro, no es infalible, y entre lo que se dice y aquello que se hace puede abrirse una brecha considerable. Pero el debate no concluye ahí, porque hablar de democracia y representación conduce a reflexionar sobre la libertad de opinión y de expresión, la censura y, nuevamente, la tolerancia: conceptos estrechamente ligados, a su vez, a la diversidad, valor clave a la hora de sacar adelante un espectáculo de Navidad innovador y sostener un proyecto educativo que sea reflejo de una sociedad verdaderamente integradora. Así, a medida que los enredos se suceden y, por supuesto, un desastre llama a otro, los entrañables protagonistas de *La muy ca-*

tastrófica visita al zoo consiguen resolver el misterioso caso de la inundación y, al mismo tiempo, descubrir que «la democracia no siempre resulta fácil» pero su poderío y belleza radica en que permite «ser uno mismo entre los demás»: la definición misma de libertad.

Sosteniendo el suspense y el pulso cómico hasta el final, Joël Dicker compone una novela tan entretenida como emocionante, que está destinada a los lectores más jóvenes, y también a sus padres, sus abuelos y todos los adultos que quieran observar la realidad con ojos de niño, desde una perspectiva llena de lucidez y de sarcasmo; y disfruten, a la vez, de una buena historia contada con maestría. Porque *La muy catastrófica visita al zoo* es, ante todo, una maravillosa invitación a conectar con el placer de la lectura. Un placer que se piensa solitario y, sin embargo, como comprendió Dicker a lo largo de una década de giras promocionales, puede compartirse y ceder paso al diálogo, al debate, a la reflexión y a la empatía. Ahí está, concluye el autor, la medida del éxito de los libros: ser un punto de encuentro, un lugar para acercarnos al otro y conocerlo. ¿Y acaso no son estos puntos de encuentro lo que necesitamos en una época que exige levantar la mirada del móvil, recuperar el diálogo y el pensamiento crítico, y recordar que aquellos valores que creemos dados se construyen y defienden, día a día, en comunidad?

LOS PERSONAJES

Joséphine
La protagonista de esta historia es una niña curiosa y avispada que sabe cómo mantener en vilo a sus padres —y a los lectores— con el relato de la rocambolesca investigación en la que se embarca junto a sus cinco compañeros del colegio Picos Verdes, una pequeña escuela para niños «especiales». De mayor quiere ser inventora de palabrotas y escribir un diccionario que las contenga todas. Y tener, por supuesto, más sentido común que el director y el resto de los adultos que la rodean. Muchos años después de la célebre visita al zoo, esta niña, ya adulta, se marcha de su ciudad para ir a estudiar a la universidad y convertirse en escritora. Es entonces cuando comprende que, después de tanto tiempo, quizá ya no sea necesario guardar algunos secretos. Contar la verdad de todo lo ocurrido desde el fatídico día de la inundación hasta la catastrófica visita al zoo puede ser, en el fondo, una buena oportunidad de compartir montones de ideas con niños y adultos.

«Ni siquiera yo, que fui una de las protagonistas de los hechos, hubiera imaginado nunca que algún día contaría todo aquello. Pero cambié de opinión cuando me di cuenta, siendo ya adulta, de que vamos desarrollando la lamentable tendencia a olvidarnos del niño que fuimos. Y eso que lo seguimos llevando dentro. Me había prometido a mí misma que algún día le pondría remedio y este libro es la ocasión de hacerlo. Por eso, aun a riesgo de desvelar todo lo que sucedió, he decidido contar dichos acontecimientos tal y como los viví por entonces, cuando aún era una niña». (p. 11)

La señorita Jennings

Lo mejor del colegio Picos Verdes, dice Joséphine, es su maestra: una mujer paciente, dulce, inteligente y muy guapa. Verla llorar desconsolada ante la escuela inundada es un espectáculo triste que se interrumpe cuando el director llega con su insólita propuesta. La señorita Jennings no está convencida de que cambiar de escuela sea lo mejor para sus alumnos, pero, poco a poco, las ideas de este hombre la van entusiasmando, lo que significa que, a veces, debe sentarse a debatir con él y dejar a los niños a cargo de otros adultos, algo que, por supuesto, desencadena algunos problemas.

«La señorita Jennings nos puso a todos en corro, como cuando quiere decirnos algo importante. Por ejemplo, cuando salimos de excursión y nos recuerda las normas. Nos explicó lo que ya sabíamos: no podríamos ir al cole especial por culpa de la inundación. Añadió algo que no sabíamos: la inundación la habían provocado unos lavabos taponados en los servicios. El sifón de los lavabos se había atascado con plastilina y los grifos se habían quedado abiertos todo el fin de semana. El agua se había desbordado y luego se metió por todas partes. Enseguida se nos ocurrieron un montón de preguntas para la señorita Jennings: ¿cómo había llegado la plastilina a los lavabos? ¿Y por qué se habían quedado abiertos los grifos todo el fin de semana? Entonces la señorita Jennings se puso muy seria y dijo: Eso es precisamente lo más raro. ¿Alguno de vosotros puso plastilina en los lavabos el viernes?» (pp. 30-31)

El director

Hombre alto y delgado, el director del colegio vecino no es que sea muy guapo, piensa Joséphine, pero sí muy simpático. Por alguna razón que a la protagonista y sus compañeros se les escapa, parece querer estar siempre dentro de su clase, proponiendo ideas que no suenan del todo sensatas pero que la señorita Jennings, curiosamente, termina aprobando con creciente entusiasmo. Invitar a Joséphine y sus compañeros a incorporarse a su colegio es una decisión que acarrea un sinfín de desastres, pero acaba llevando a toda la comunidad a comprender la importancia de valores como la diversidad, la tolerancia y la convivencia.

«El Director murmuró:
—No quiero que en el colegio se pronuncie ese tipo de palabra...
—¿Democracia? —se atragantó la señorita Jennings.
—Los padres tienen su propia sensibilidad...
—¿Y la hiere la palabra “democracia”?

—Escuche, señorita Jennings, esto es un centro público, no una monada de escuelita especial como la suya. El mes pasado, una profesora explicó en clase que el tomate es una fruta ¡y los padres se me echaron encima! Y, de todas formas, ¿qué espera que entiendan estos pobres críos de la democracia?

—Qué decepción —dijo la señorita Jennings—, lo tenía por alguien más valiente...

Al Director aquello le dolió en el alma. Como si no soportara que la señorita Jennings pensara que era un inútil.

—¿Sabe qué le digo? —exclamó. ¡Que tiene toda la razón! Entonces agarró el micro y, dirigiéndose a todos los presentes, dijo:

—Qué idea tan brillante de la señorita Jennings, que, definitivamente, aporta grandes ideas a nuestro colegio. El tema de este semestre será la democracia. Y da lo mismo que a vuestros padres les guste o no». (pp. 55-56)

ARTIE

Artie, uno de los cinco compañeros de Joséphine, es un niño hipocondríaco. Su obsesión con las enfermedades no es muy práctica para él, pero resulta bastante graciosa para sus amigos, que a su lado aprenden todo acerca de gérmenes e higiene.

«Le contamos al jefe de bomberos lo que había pasado el resto del día. Después de comer, hicimos una excursión al museo de ciencias naturales. Fuimos en autobús y, al volver al cole especial para irnos a casa, Artie nos dijo que nos lavásemos bien las manos porque, además de pasajeros, los autobuses transportan todo tipo de enfermedades. Cuando empezó a soltar nombres de montones de enfermedades espantosas que podíamos contraer, nos fuimos corriendo a los servicios del cole. Nos pusimos mucho jabón y nos frotamos las manos por todas partes, siguiendo las indicaciones de Artie, que nos advirtió: "Después de enjuagaros las manos, no toquéis el grifo. Porque, como lo habéis abierto con las manos posiblemente contaminadas, si lo tocáis os volveréis a contaminar y os las tendríais que lavar otra vez". Era bastante lógico, por no decir bacterio-lógico». (p. 37)

THOMAS

En la clase de Joséphine también está Thomas, experto en kárate porque su padre es profesor. Contar con un karateka entre los amigos, descubre la protagonista, puede ser de mucha ayuda cuando te encuentras con un niño abusón. Aunque también puede traer algunos problemas añadidos, especialmente para Thomas que, de un lío a otro, termina siendo castigado por su padre, que habla con el mismísimo Papá Noel para que no le traiga un regalo a su hijo en Navidad.

«Me eché a llorar desconsoladamente. Entonces mis compis, que son unos compis estupendos, decidieron defenderme. Se les ocurrió hacerle a Balthazar un bocadillo de caca o pegarle un buen puñetazo. Primero optamos por el bocadillo de caca, más que nada porque nos pillaban cerca los perros de las abuelas del parque, que eran auténticas fábricas de cagarrutas. Pero Artie nos contó que ingerir excrementos podía ser peligrosísimo y provocar enfermedades como el cólera, que por lo visto es una enfermedad terrible. Así que lo cambiamos por el puñetazo. El encargado de dárselo fue Thomas. Lógicamente, porque su padre es profe de kárate. Thomas se fue a buscar a Balthazar al patio de recreo y le soltó un puñetazo tremendo "de parte de los que no tienen ni idea de kárate". Balthazar acabó sentado en el suelo y sangrando por la nariz. Se puso a llorar hasta que la señorita Jennings y el Director acudieron a toda prisa y lo llevaron a la enfermería». (p. 62)

Otto

Otto es un diccionario andante y de grande quiere ser conferenciante. Para ir preparándose, suele improvisar conferencias para sus compañeros de clase que, cada vez que no comprenden el significado de algo, saben que Otto tendrá una respuesta o, al menos, un término raro y complicado para ofrecerles. Sus padres están divorciados, y a él el divorcio lo obsesiona, pero a la hora de dar una conferencia sobre una palabra que comience con la letra D, la maestra le sugiere que cambie de tema… Es así como, durante la presentación de los alumnos de la señorita Jennings en el nuevo colegio, se escucha por primera vez la palabra «democracia».

«Total, que el viernes Otto nos estuvo hablando del divorcio siguiendo las letras del alfabeto. Había empezado con la A de Abogado, que es un señor o una señora que se supone que defiende tus intereses pero que, según su padre, cuesta una fortuna y solo sirve para perder. Luego la B de Bronca, porque sus padres tienen broncas todo el rato, por esto y lo de más allá. Luego la C de Culpabilidad. La culpabilidad es cuando los padres ya no le pueden decir que no a su hijo porque se sienten mal por algo que han hecho. Como haberse divorciado. Por ejemplo, cuando los padres de Otto estaban casados nunca le dejaron tener mascota. Ahora que están divorciados, tiene una tortuga y un conejo en casa de su padre, y unos peces y dos hámsteres en casa de su madre. Los padres son débiles cuando están solos y fuertes cuando se juntan. Por eso tiene que haber dos para tener hijos. Luego la D de Divorcio, que viene del latín divortium, que significa "separación". Y ahí fue cuando la señorita Jennings interrumpió a Otto y le dijo: "Otto, cariño, ya basta de contar cosas del divorcio. Búscate otro tema con la letra D para el lunes y nos das una conferencia sobre él"». (p. 36)

GIOVANNI

Giovanni es el niño rico de la clase. Viste con camisa, y en su casa hay un camarero, un cocinero y pasteles deliciosos que los niños devoran cada vez que van a visitarlo. Sus padres, herederos de una fábrica de papel higiénico, no parecen hacerle mucho caso, pero su abuela resulta ser la cómplice perfecta para un grupo de niños con un misterio por resolver.

«Al domingo siguiente, Giovanni nos invitó a su casa para continuar preguntándole cosas a su abuela. La abuela sentenció que la culpable seguramente era la señorita Jennings.

—Lo cierto es que tanta amabilidad da muy mala espina dijo. Además, en mis series, la que comete el crimen siempre es la mujercita guapa.

—¿Por qué? —pregunté.

—Para librarse del marido y echarse un amante.

—¿Y para qué se echa una manta? La verdad es que la señorita Jennings es bastante friolera... —intervino Giovanni.

—No ha dicho "una manta" sino "un amante"—lo corrigió Otto—. Es cuando te enamoras de alguien que no es ni tu marido ni tu mujer». (p. 105)

YOSHI

Yoshi no habla: nadie lo ha escuchado decir nunca una palabra. Joséphine, sin embargo, lo entiende perfectamente, además de sentirse muy a gusto a su lado. Su juego favorito es la plastilina, pero a sus compañeros no les cabe duda de que él, que lo revisa todo cien veces, no ha sido el responsable de taponar los desagües de la escuela.

«Todas las miradas se volvieron, claro está, hacia Yoshi (que de hecho es el único que se pasa el día entero jugando con plastilina porque de mayor quiere ser escultor), pero Yoshi, como no habla, por toda respuesta se puso a negar y requetenegar con la cabeza para decir que él no había atascado nada de nada.

—No importa si lo has hecho —insistió la señorita Jennings—, lo único que quiero es entender lo que ha pasado.

Aun así, sospechábamos que sí que importaba porque habían venido los bomberos y ahora el colegio estaba siniestrado. Pero Yoshi siguió venga a negar con la cabeza y casi a punto de llorar». (p. 31)

La abuela de Giovanni

La abuela de Giovanni pasa el día encerrada en su habitación viendo series policíacas y fumando sin parar. Su experiencia televisiva en materia de crímenes es de gran ayuda para los niños, que gracias a esta mujer aprenden los rudimentos del método detectivesco y, pista a pista, van dando con las claves del misterio. Para ella, acompañarlos es la oportunidad de protagonizar una fabulosa y divertida investigación que la saca de su aislamiento.

«—Abuela de Giovanni —dije—, parece ser que usted sabe mucho de investigaciones policiacas...

—Así es.

—Necesitamos su ayuda. No sabemos por dónde empezar la nuestra.

La abuela puso una cara muy seria.

—Hay que actuar metódicamente. Todos asentimos con la cabeza: nos pareció una idea excelente, salvo por el detalle de que no sabíamos qué significaba actuar metódicamente.

—¿Qué quiere decir "metódicamente"? —inquirió Thomas.

—Seguir un método concreto —contestó la abuela mientras engullía una galleta—. Los policías del mundo entero siguen siempre el mismo método cuando investigan.

—¿Y usted sabe cuál es ese método? —pregunté.

—Pues claro contestó la abuela, triunfante.

Entonces, la abuela nos reveló la receta secreta para resolver una investigación: el culpable siempre tenía un móvil, pero no para hablar por teléfono, porque resulta que "móvil" también es una buena razón para cometer un crimen. Así que, para encontrar al culpable, no había que preguntarse quién ha cometido un delito, sino por qué alguien ha cometido ese delito». (pp. 46-47)

Balthazar

Ni bien Joséphine y sus compañeros son presentados en el colegio, un alumno mayor los empieza a humillar, liderando un coro de burlas crueles. Todo parece indicar que Balthazar les hará la vida imposible a los alumnos de la señorita Jennings, pero ellos tienen sus armas para defenderse, y quizá este niño versado en fechorías pueda brindarles alguna pista para descubrir quién está detrás de la inundación del colegio.

«Después de la reunión en el salón de actos, todos los alumnos del cole empezaron a burlarse de nosotros. Sobre todo, Balthazar, un alumno mayor, más alto y más gordo que los demás, al que le dio por llamarnos "Rarunos". Al princi-

pio, conseguimos que no nos afectaran sus burlas. Decía que las conferencias de Otto no valían nada, pero nosotros sabíamos que Otto lo sabía todo sobre todo. Se burlaba de Thomas diciendo que no tenía ni idea de kárate, cuando resulta que su padre es profe de kárate, y es imposible no tener ni idea de kárate cuando tu padre es profe de kárate. Se burlaba de las enfermedades imaginarias de Artie y le tosía encima diciendo que acababa de contagiarle la leptospirosis, pero Artie sabía de sobra que los que transmiten la leptospirosis son los gatos y los conejos. Balthazar acabó por dar en el blanco burlándose de mí. Me dijo que era la inventora de palabrotas más inútil del mundo porque "papel del culo" era una palabrota que ya existía y que su padre la usaba todo el rato. Me dijo (literalmente):

—Mi padre, cuando está en el váter, muchas veces se pone a gritar: "¡No queda papel del culo!". Y hay que llevarle un rollo corriendo porque si no monta una buena». (p. 61)

EXTRACTOS POR TEMAS

LAS CATÁSTROFES NUNCA VIENEN SOLAS

«Una catástrofe nunca sucede de buenas a primeras: es el desenlace de una serie de sacudidas pequeñas que casi no se notan pero que, poco a poco, se convierten en un terremoto. Lo que había pasado hoy en el zoo también cumplía con esta regla: era la traca final de varias catástrofes sucesivas. Mis padres querían explicaciones, pero para explicárselo todo había que explicar que la catastrófica visita al zoo pasó por culpa de la catastrófica función del cole que pasó por culpa de la catastrófica obra de teatro que pasó por culpa de la catastrófica visita de Papá Noel que pasó por culpa del catastrófico Santa Plas que pasó por culpa de la catastrófica clase de seguridad vial que pasó por culpa de la catastrófica clase de gimnasia que pasó por culpa de la catastrófica presentación en el salón de actos que, a su vez, pasó por culpa de una catástrofe inicial». (p. 18)

EL MISTERIOSO CASO DE LA INUNDACIÓN

«Eso de investigar es más fácil decirlo que hacerlo. Lo cierto es que no sabíamos muy bien por dónde empezar. Normalmente, cuando probamos un juego nuevo, siempre hay un adulto que nos ayuda y nos explica las reglas. En este caso no podíamos recurrir a nuestros padres, a quienes no les iba a hacer gracia la idea de una investigación. Entonces se nos ocurrió pedírselo a la abuela de Giovanni, que sabe un montón sobre investigaciones porque se pasa el día viendo series policiacas en la tele». (p. 45)

«El policía asintió muy serio. Nosotros nos miramos, inquietos. ¿La señorita Jennings podría haber inundado el cole? ¿Por qué iba a hacer algo así? A continuación, el poli examinó todas las ventanas y la puerta principal.

—No hay indicios de efracción constató.

—¿Las fracciones tienen indices? —preguntó Giovanni.

—Quiero decir que no hay señales de rotura —explicó el poli, que tenía pinta de ser muy buen poli. Nadie ha intentado romper ningún cristal ni forzar la cerradura para entrar en el colegio.

—¿Adónde quiere usted llegar, señor policía? —pregunté.

—La persona que inundó el colegio tenía la llave —dijo el poli con tono solemne. ¿Queréis oír mi hipótesis?

Todos gritamos que sí, menos Yoshi, que no habla, y Thomas, que no sabía lo que era una hipótesis. Giovanni explicó que en las series de su abuela, cuando el investigador cree que ha encontrado al culpable, cuenta cómo y por qué ha actuado. Y mientras el investigador habla, en la tele se ven las imágenes del criminal en acción». (p. 99)

«Giovanni nos sacó de la casa por una puerta trasera. Hacía un frío que pelaba. Artie se echó a llorar porque sin abrigo y con esa temperatura se iba a poner malo, pero le dije que no se preocupara porque la abuela tenía un chófer Máximo. Giovanni nos condujo hasta el patio central donde estaban los coches y señaló uno que era el de su abuela. Era uno de esos coches tan bonitos de los que papá habría dicho: "¡Menudos cochazos!". Nos abalanzamos todos dentro y nos apretujamos en el asiento de atrás. La abuela ya estaba sentada en el del copiloto. Y a su lado estaba el chófer, que claramente era Máximo porque el coche estaba ya muy calentito a pesar del viento frío que soplaba fuera. Condujo en dirección al centro comercial. La abuela siguió fumando dentro del coche y el chófer le comentó que quizá debería dejar de hacerlo con el coche lleno de niños. La abuela contestó que en las series los investigadores, cuando están vigilando a alguien, fuman cigarrillos, beben café y comen patatas fritas dentro del coche. Así que tuvimos que parar en una estación de servicio para comprar patatas fritas para todos y café para la abuela. Era emocionantísimo». (p. 155)

¿QUÉ ES LA DEMOCRACIA?

«Así fue como, al día siguiente de la reunión con los padres, el Director reunió a todos los alumnos del cole en el salón de actos y nos dijo:

—¡Esto es una democracia!

La democracia tenía una pinta estupenda. Aun así, levantamos la mano para preguntar qué era eso porque, a pesar de las explicaciones en griego de Otto, no nos habíamos enterado muy bien. "Democracia" —informó el Director— significa que somos todos iguales y cada uno debe respetar a los demás tal como son, y que cada uno tiene derecho a portarse como quiera sin que los demás se metan con él.

—¿Podemos hacer todo lo que queramos? —pregunté.

—Si respetáis las reglas, sí —precisó el Director.

—¿Qué reglas?

—Las reglas de la democracia.

La democracia tenía buena pinta, pero es un poco complicada.

—En la democracia —resumió el Director— podéis hacer todo lo que que-

ráis siempre y cuando no molestéis a los demás». (p. 64)

«—Mi padre ya no vota —informó Thomas—, porque dice que los políticos son lo peor.

—¿Y por qué dice eso? —inquirió el Director.

—Porque no recibió ninguna subvención del Ayuntamiento para la sala de kárate.

—Si no se vota, la democracia no puede funcionar —explicó el Director—. Es muy importante votar porque, si no, la democracia se debilita.

—¿Por qué? —preguntó Giovanni.

—La democracia solo funciona correctamente si todos los electores van a votar. Porque así las decisiones que se toman por mayoría, es decir, por el mayor número de votantes, constituyen lo que de verdad quiere la mayor cantidad de personas. La mayoría decide y la minoría tiene que aceptarlo. Pero, si la gente no va a votar, no se hace oír, lo que significa que, en realidad, la decisión que se tome ya no representará a la mayoría de la población sino a la minoría. Cuando no vas a votar, estás dejando que decida la minoría, y eso es contrario a los fundamentos de la democracia». (p. 107)

«—Vamos a votar la comida del mediodía. Tenéis que votar lo que vais a comer. Pero, ojo, todo el mundo tendrá que comer lo mismo. Vais a elegir entre brócoli y pizza. Y, ahora, preparados y cuidadito, porque solo podréis votar una vez cada uno: quien vote por la pizza que levante la mano.

Otto, Thomas, Yoshi y yo levantamos la mano.

—Eso hace cuatro votos para la pizza —contó el Director—. Y, ahora, ¿quién vota por el brócoli?

Artie y Giovanni levantaron la mano. Artie informó que el brócoli tiene un montón de fibra que facilita el tránsito y previene las oclusiones intestinales. Mientras que Giovanni dijo que, como su madre lo obligaba a comer brócoli una vez por semana, así se lo quitaba ya de encima.

—Así que eso hace cuatro votos para la pizza y dos votos para el brócoli contabilizó el Director. La pizza gana estas elecciones. ¡Lo que significa que hoy a mediodía vuestra clase comerá pizza! Todos gritamos de alegría.

—En la cafetería no hay pizza —nos recordó Otto, que realmente lo sabe todo, incluido el menú de la cafetería.

—Iré a buscárosla a la pizzería de al lado —dijo el Director.

Todos volvimos a gritar de alegría porque el Director se estaba portando superbién. Pero entonces fue cuando el Director nos dijo:

—Ahora, imaginemos que volvemos a votar. Pizza contra brócoli. Pero Otto. Thomas y Yoshi se abstienen de votar porque se les olvida y no les interesa. ¿Quién quiere comer pizza?

Yo fui la única que levantó la mano. A continuación, el Director preguntó quién quería comer brócoli: Giovanni y Artie levantaron la mano a su vez.

—El resultado final son dos votos para el brócoli y un voto para la pizza. ¡Gana el brócoli!

—Pero no es justo —protesté—, si los demás hubieran votado, habría ganado la pizza.

—Tienes toda la razón —dijo el Director—. Así podéis ver por qué la democracia se debilita cuando no se vota: la minoría impone su elección a la mayoría». (pp. 108-109)

«De vuelta a casa, en el coche de mis padres, me sentí muy triste. No por culpa del papel del culo sino de la función. Nuestra función era muy guay y me encantaba ser un brócoli. Era una lástima que se hubiese cancelado. Y, por encima de todo, lo que me ponía triste era que me había dado cuenta de que, en el fondo, en la asamblea había muy pocos padres que estuvieran en contra. Pero eran los que más jaleo habían montado. Eso se llama "minoría ruidosa". En cambio, los padres que estaban a favor apenas habían abierto la boca. Empezando por los míos. Callar no era una actitud muy valiente. En el fondo, esta noche la democracia se había llevado una paliza. Y se me ocurrió que los verdaderos culpables de semejante desastre no eran tanto los miembros de la minoría ruidosa, que tenían derecho a expresar su opinión, sino todos los que se habían quedado sin decir ni pío a su alrededor. Por lo visto, eso se llama "mayoría silenciosa"». (pp. 115-116)

LAS NAVIDADES DE LA DIVERSIDAD

«—Van a ser las Navidades de la diversidad.

Le preguntamos qué era la diversidad.

—La diversidad —nos explicó— es el derecho que tiene cada uno a ser como le dé la gana, sin que nadie se meta con él por eso.

—¿Y qué tiene eso que ver con la democracia? —quiso saber Otto.

—La diversidad es posible gracias a la libertad, y la libertad es posible gracias a la democracia. La democracia es lo único que permite que haya diversidad. Así que cada uno podrá venir vestido de Santa Claus tal y como se lo imagine». (p. 119)

«—En una democracia, todos los ciudadanos son iguales y a todos se les protege por igual. No hay nadie que tenga más derechos o que sea más importante que nadie.

—Y si la pizza no se refiere a ese brócoli en particular sino a todos los brócolis en general, ¿es menos grave? —preguntó Thomas.

—¡Qué va, es aún peor! Porque la pizza está incitando a odiar a todos los brócolis, que es algo que también prohíbe la ley.

—O sea, que en una democracia ¿se podría prohibir una obra de teatro? —preguntó Otto.

—Sí. Por ejemplo, si la pizza escribe una obra en la que se cuenta que todos los brócolis se dedican a envenenar niños, entonces podrían prohibirla. Limitar la libertad de expresión es lo que se llama "censura". Pero, ojo, en una democracia, para limitar un derecho, hay que tener una buena razón para hacerlo.

—En este caso, sería sobre todo para beneficiar a los brócolis —observó Giovanni.

—No solo —contestó el Director—. La censura, al proteger a una minoría, protege a la mayoría. Me explico: aunque los brócolis solo sean una hortaliza entre otras muchas hortalizas, el interés general requiere proteger a los brócolis porque, si dejamos que los ataquen, significa que más adelante las lechugas, las berenjenas y todas las demás hortalizas también podrían estar amenazadas. En una democracia, cuando proteges a los demás te estás protegiendo a ti mismo.

Nos quedamos pensando que la democracia no siempre resulta fácil. Pero no nos atrevimos a decírselo al Director por miedo a que volviera a explicárnoslo todo». (pp. 164-165)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Con *La muy catastrófica visita al zoo*, según palabras del autor «lo que he intentado, modesta y humildemente, ha sido escribir un libro que pudieran leer y compartir todos los lectores, sean como sean y estén donde estén, de los siete a los ciento veinte años. Con vuestros hijos, vuestra pareja, vuestros padres, vuestros vecinos o vuestros compañeros de trabajo». ¿Pensáis que lo ha conseguido?

2. *La muy catastrófica visita al zoo* es una historia entretenida que, además de divertir, invita a reflexionar sobre temas como la diversidad, la democracia y la importancia de la educación. ¿Creéis que la novela consigue que los niños entiendan estos conceptos?

3. ¿Habéis vivido algún episodio en vuestros coles que hayan resultado caóticos o inesperados?

4. Reflexionad sobre los mensajes ocultos: a pesar de su tono ligero, el libro toca temas profundos como la necesidad de eliminar prejuicios, la importancia de las sociedades libres y democráticas y la empatía. Preguntad a los niños y niñas qué enseñanzas pueden extraer de la historia.

5. ¿Cuál ha sido el momento más sorprendente o divertido del libro para vosotros?

6. ¿Cómo creéis que se sintieron Joséphine y sus compañeros durante su estancia en el colegio «normal»?

7. ¿Por qué creéis que los adultos tienen una versión diferente de lo sucedido?

8. ¿Qué pensáis que es la democracia y por qué es tan importante luchar por ella?

9. *La muy catastrófica visita al zoo* es más que una historia divertida: es una oportunidad para compartir momentos de calidad en familia, fomentar el amor por la lectura y reflexionar sobre temas importantes. Joël Dicker nos ofrece una historia que invita a grandes y pequeños a mirar más allá de las apariencias y disfrutar juntos del placer de contar y escuchar historias. ¿Qué os ha parecido esta novela tan diferente del autor con respecto al resto de su obra?

EL AUTOR

Joël Dicker nació en Suiza en 1985. En 2010 obtuvo el Premio de los Escritores Ginebrinos con su primera novela, *Los últimos días de nuestros padres* (Alfaguara, 2014). *La verdad sobre el caso Harry Quebert* (Alfaguara, 2013) fue galardonada con el Premio Goncourt des Lycéens, el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, el Premio Lire a la mejor novela en lengua francesa y, en España, fue elegida Mejor Libro del Año por los lectores de *El País* y mereció el Premio Qué Leer al mejor libro traducido y el XX Premio San Clemente, otorgado por los alumnos de bachillerato de varios institutos de Galicia. Traducida con gran éxito a cuarenta y dos idiomas y adaptada a serie de televisión, se ha convertido en un fenómeno literario global y conforma, junto a *El Libro de los Baltimore* (Alfaguara, 2016) y *El caso Alaska Sanders* (Alfaguara, 2022), la trilogía protagonizada por el personaje Marcus Goldman. Alfaguara también ha publicado su relato *El Tigre* (2017) y sus novelas *La desaparición de Stephanie Mailer* (2018), *El enigma de la habitación 622* (2020) y *Un animal salvaje* (2024). *La muy catastrófica visita al zoo* es su primer libro para todos los públicos.

DECLARACIONES DEL AUTOR

«A principios de 2024 se publicó mi séptima novela. Habían pasado doce años desde el principio de mi carrera de escritor y el éxito de mi libro *La verdad sobre el caso Harry Quebert*.

¿Cuál es el balance de estos doce años?

Muchas de las librerías que me habían invitado en mis inicios habían cerrado. Las que quedaban sobrevivían añadiendo a su oferta objetos variopintos sin relación con la literatura. Y, en los autobuses, metros, trenes y aviones, la gente iba pegada a la pantalla del móvil y, en muchos casos, había renunciado al placer de leer durante el viaje.

¿Cabe deducir que de verdad hay un desgaste lector? ¿O lo que pasa es, sencillamente, que las redes sociales y sus algoritmos diabólicos nos tienen tan sorbido el seso que se nos ha olvidado que actúan sobre la mente como las máquinas tragaperras, chupándonos no ya el dinero sino la energía, el tiempo y la atención? Esas pantallas omnipresentes nos han llevado a dejar de mirar a nuestro alrededor, de confraternizar, de informarnos, para ir estrechando más y más el círculo de relaciones interpersonales hasta convertirlo incluso en unipersonal.

Aun así, a pesar de que el mundo está cada vez más polarizado y dividido por culpa de nuestra incapacidad para sacar la cabeza del móvil y mejorar la convivencia, yo mantengo el optimismo y sigo lleno de esperanza porque en doce años hay algo que no ha cambiado.

Libro tras libro, y en países del mundo entero, cuando voy a las librerías a firmar ejemplares me encuentro con cientos de lectores entusiastas muy distintos entre sí. ¿Qué puntos tienen en común todos ellos? ¡Pues ninguno, precisamente! Los hay jóvenes y viejos, que se leen un libro a la semana o un libro al año, de todos los orígenes, de todos los credos, de todas las ideologías y de todas las opiniones. Niños, padres y abuelos. Con velo, con kipá, con turbante, con *piercings*, con tatuajes o con traje y corbata. Marginales u originales. Personas de las que cabría creer que son radicalmente opuestas y que ahora confraternizan en la cola de una librería.

He visto cómo creaban lazos, entablaban amistades, intercambiaban números de teléfono, apretones de mano, abrazos. Ese es el verdadero éxito de los libros. No de mis libros en particular, sino de los libros. Reconciliar a las personas entre sí, permitir que se conozcan, que se reencuentren. Eso es lo que puede hacer la literatura.

De las cosas que me cuentan los lectores, lo que más me emociona son las lecturas

compartidas y simultáneas, en familia, entre amigos o en los clubes de lectura. Por eso, con *La muy catastrófica visita al zoo*, lo que he intentado, modesta y humildemente, ha sido escribir un libro que pudieran leer y compartir todos los lectores, sean como sean y estén donde estén, de los siete a los ciento veinte años. Con vuestros hijos, vuestra pareja, vuestros padres, vuestros vecinos o vuestros compañeros de trabajo.

Un libro con el que os entren ganas de leer y de que lean otros, sin distinciones. Y que nos permita reencontrarnos. Pero de verdad.»